

A  
**MACHADO**  
POR  
**SERRAT**

EXITO  
ROTUNDO  
DEL  
CATALAN  
EN  
MADRID.

SE AGOTARON  
LAS  
ENTRADAS  
DE  
LAS TRES  
FUNCIONES.

...Serrat se cayó al foso.

Escribe: JOSE MARIA IÑIGO

A estas alturas todo el mundo debe saber del éxito enorme de los recitales de Juan Manuel Serrat en el Carlos III madrileño —en las tres funciones se agotó el papel—. A estas alturas, hablar de cómo se desarrollaron dichos conciertos, a quien muchos han llamado «machadianos», me parece fuera de lugar. Prefiero mirar atrás en el tiempo y recordar algunos aspectos de la presentación en Madrid de quien por todos, con extraña e inusitada unanimidad hispana, han calificado de número uno de estas lides musicales.

Hace aproximadamente cuatro meses, Juan Manuel Serrat me envió un billete de avión y una entrada para que, desplazándome de Madrid a Barcelona, pudiera ver una de sus actuaciones-concierto en el Palau de aquella ciudad. El éxito, entonces, fue total, fulminante, como ahora. Sin paliativos de ningún tipo. Salvo que ahora no hubo billete de avión, por supuesto, pero tampoco entrada ni nada. Y, en cierto modo, hasta me parece bien. Me preocupó pensar que Serrat se olvidaba de los amigos. Pero, no.

Porque uno, además de muchos atavíos profesionales, también tiene derecho a tener amigos. Y Serrat lo es. Por ello, esta crónica de los festivales-concierto de Juan Manuel es un tanto partidista.

Aquella noche, como la otra de Barcelona en el Palau, estaban los padres de Juan Manuel en el patio de butacas.

Juan Manuel, aquella primera noche del Carlos III, apareció vestido de negro, chaqueta de pana, camisa de cuello alto y pantalón de smoking. Serio, nervioso. Dijo más tarde que la ovación de triunfo recibida nada más aparecer en escena le puso aún más nervioso. Y así estubo en los tres o cuatro primeros números («Com ho fa el vent», «Cançó de Bressol», «Tu nombre me sabe a yerba...»). Guitarra en mano y orquesta detrás. Ricardo Miralles, amigo y músico, compañero de Serrat, se encuentra a gusto junto al cantante. Se miran de vez en cuando y saben si todo marcha o no. Y todo marcha.

#### RECITAL DE GALA

Poco a poco —han pasado veinte minutos—, Serrat se afianza cada vez más en el oscuro marco del Carlos III. Aplausos y más aplausos. Con razón. Serrat canta bien. Y con ganas. Con genio y con rabia. No como al día siguiente, en función de tarde, para los jóvenes, que también estubo. La primera noche —Sarita Montiel, Pekenikes, Manolo Díaz, los Hohenlohe, Francisco Rabal, Mondeño, Georgie Dann, Massiel, Fina de Calderón y mil más en el patio de butacas—, Juan Manuel luchó y ganó. Sin más. Al día siguiente, más cansado quizá, o reservándo-

se, estaba como de «compromiso», sin entregarse como veinticuatro horas antes. Esa tarde, segunda de las tres funciones, apareció como el día anterior, de smoking los primeros cincuenta minutos, después cambiaría el terno de gala por unas botas de cuero, pantalón de lana y jersey de cuello alto.

«Poco antes de las diez», «Les sabates», «Mis gaviotas», «M'en vaig peu». Éxito, el triunfo. El público en pie. Como aquel día en el Palau barcelonés. Igual. Serrat sonreía agradecido. Era sólo la primera parte.

Y Machado. Don Antonio. La gran baza de Serrat. Empresa dura, aunque no comprometida. Por lo menos no tanto como se han empeñado muchos en gritar.

Y Serrat, gritando con fuerza las palabras del poeta español, deslumbrado por los focos, un tanto fuera de sí, arrastrado por ese nervio del que hizo gala al caer al foso. Se podía haber roto la cabeza. Más de dos metros de altura recorridos, micrófono en mano, en un santiamén, para, sin perder ni serenidad ni micrófono, ni estrofa ni músicas, seguir cantando a Machado. Serrat, precisamente ahí, en ese momento, había ganado ya. Serrat había triunfado.

#### APLAUSOS A MACHADO

Después, unos podrán decir que si en aquel preciso momento, mientras —«Caminante, no hay camino, se hace camino al andar...»— desahínó un poco o no, si en aquel otro instante su voz raspó un tantito así o no. Pero eso no importa. Algo mucho más importante se estaba cocinando allí. Muchos comenzaron aquella noche a querer a Serrat; otros, a admirarle. Una mayoría, pienso yo, descubrió aquella noche, gracias al catalán, a Antonio Machado. Y a Machado, sin saberlo, aplaudieron muchas veces mirando a Serrat.

No quisiera poner peros a unas jornadas grandes de nuestra música. Pero tampoco me gustaría marcharme del tema sin decir que los arreglos y orquestación de las canciones de Antonio Machado me parecieron flojos, sin garra. Muy serias algunas, pero eso no es todo. Pleno que con un poco más de tiempo en la preparación, la orquestación podría haber sido un tanto más acertada, podría haber arropado más y mejor la voz de Serrat. La orquesta, compuesta por profesionales conocidos —Pedro Iturralde, etcétera—, no tiene nada que ver en este asunto. Es cosa personal de Miralles.

Ya todo ha quedado atrás. Serrat ha ganado por fin. Como decía por escrito Manolo Díaz, «Serrat tiene razón». Una razón que al cabo de los meses le ha sido devuelta desde la capital de España. ■ Fotos: ALCOSA, JAVIER GUERRERO y JUANA BIARNES.

